



RCG-CMS

El Aljarafe como inter-acción de sistemas: El arte de la tierra propia

Rogelio Cantero Gutiérrez/Carlos Martín Sánchez

Pensar en el Aljarafe como un concepto homogéneo y delimitado se nos hace del todo inalcanzable. Sólo mediante la interrelación de multiplicidad de sensaciones, acontecimientos, historias, recuerdos, sombras de sistemas al fin, somos capaces de vislumbrar un espacio común para identificar un territorio cuya mirada se nos sesga cada vez más con el prometeico desarrollo humano.

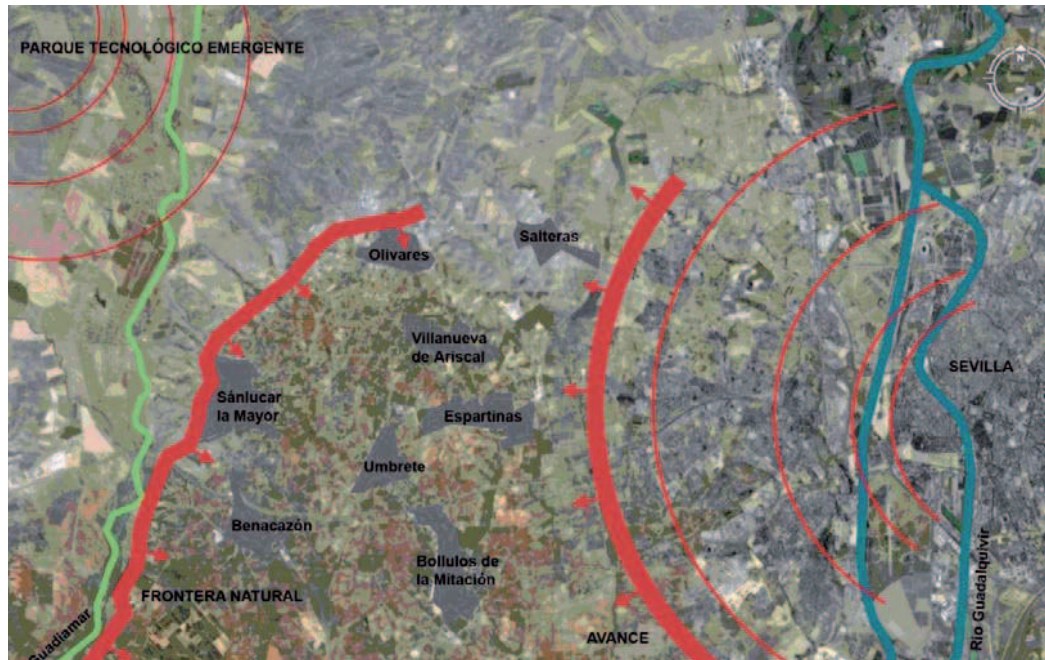
Quizás la historia sea la que de alguna manera nos ofrezca las claves para entender en qué momento nos encontramos. La Historia se reescribe una y otra vez de forma sistemática a la espera de la siguiente catástrofe, la cual ejercerá de veneno y cura posterior... ¿Nos encontramos una vez más en esa espera? ¿Se podrá leer mejor el pasado como consecuencia de soluciones a posteriori de la ruptura de los límites naturales? O tenemos herramientas eficaces que eviten desbordar esos límites del desastre ecológico, hasta la ruptura del límite físico e incluso algo peor, el límite moral.

Decía Charles Baudelaire: “Nosotros causantes también del universo, de su creación y de su futura destrucción”.

Quizás en el marco del Aljarafe podemos hablar en esa línea, por poner algunos ejemplos: la catástrofe de los vertidos tóxicos de la empresa de capital sueco, Boliden-Apirsa en el río Guadiamar en el término municipal

de Aznalcóllar cuyos lodos de piritita altamente contaminantes afectaron a multiplicidad de biotopos y a los entornos del Arroyos Agrio, Pudío, por supuesto el mismo Guadalquivir y todos los sistemas del entorno próximo -sin entrar en fenómenos de efecto mariposa- interconectados entre sí. La consecuencia positiva ha sido la generación de operaciones de protección como la del Corredor verde del Guadiamar, las del río Pudío, o de estrategias cargadas de tintes políticos como la del “Proyecto Guadalquivir Turístico” más recientemente. Sin duda ha sido tarde como siempre, y como colofón al mismo, la reacción humana ante el desastre ya perpetrado. En cualquier caso, y aunque nos es el objeto de estas líneas, sería interesante preguntarnos hacia donde se ha trasladado la explotación de estos recursos de minerales esenciales de la explotación minera. Sin lugar a dudas, la “patata caliente” se trasladará a otro territorio que también será esquilado y destruido por enésima vez. La linealidad del discurso occidental se retroalimenta en discursos de esta simpleza e inmediatez.

Otra de las catástrofes, ésta sin temor a equivocarnos, es la vorágine inmobiliaria descontrolada, contando con la idea recurrente de Sevilla como imagen reflejada, una imagen idílica, de cuaderno de viaje de pintor romántico, en la que realidad y el deseo no se corresponden y que generan unas



Presiones metropolitanas. (Elaboración propia). Vista hacia el sureste desde los jardines de J.C.N. Forestier en Castilleja de Guzmán. Vista parcial de Castilleja de Guzmán con Sevilla al fondo / RCG-CMS

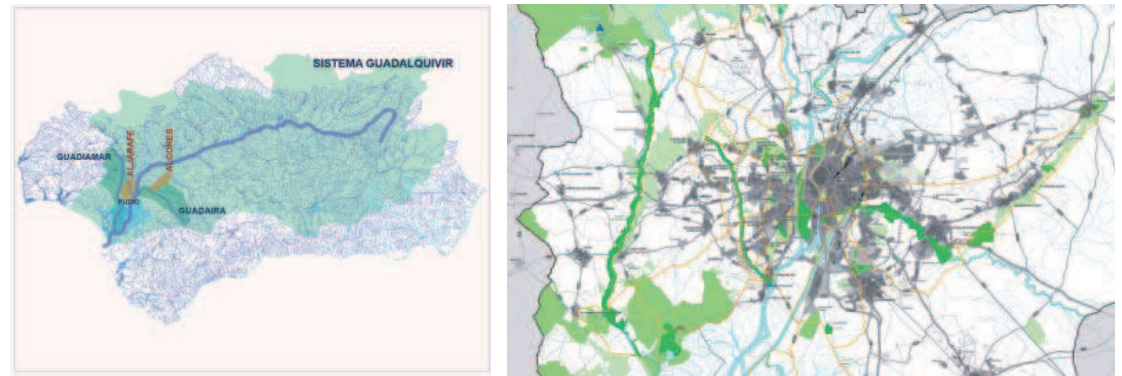
tensiones de difícil metabolización. La sensación que nos queda es la de un desarrollismo a cualquier precio para un enriquecimiento a corto plazo y, posteriormente, una adición de panópticos dotacionales que justifiquen lo que no se tuvo en cuenta a priori y no se pensó desde un principio.

El paisajista J.C.N. Forestier, desde sus jardines en Castilleja de Guzmán alude a esta antigua quimera en la que observador y observado se recrean en un vergel desde sus miradores pero, ¿no sería necesario acudir a una revolución como fue la del siglo XVIII en la que se produjo del cambio en la máquina con el surgimiento del Romanticismo? Y la banalización de su mensaje, ¿cuánto daño a hecho a ciudades que se construyen en la continua virtualidad de relaciones con otra a la que no corresponde? Nos referimos

en este caso a Sevilla y su área metropolitana Aljarafe.

Retomar elementos tan trivializados hoy día como la espontaneidad, el amor, el impulso, la libertad, conceptos que surgen en aquella época como respuesta a la ideología mecánica -que hoy en día nos abduce desde la tecnología y el desarrollismo mal entendido-, no serían mala estrategia para comenzar este cambio de paradigma.

Sin duda, el cambio debe partir de la revisión de la ideología occidental que desde Descartes, hacía al hombre sujeto en un mundo de objetos. Tal como sostiene Edgar Morin en *El año I de la era ecológica*, es necesario replantear la cuestión del desarrollo del hombre, es decir, de una mutación de la organización social entera. Ante la pregunta de si es el sistema capitalista



El Ajarafe y los Alcores en el sistema Guadalquivir. (Elaboración propia). Red de espacios libres de la aglomeración urbana de Sevilla. POTAU 2009

actual capaz de resolver el problema del control del crecimiento es necesario responder en función del nivel en que se plantee este problema. Si no se considera más que su aspecto tecnológico y económico, entonces el sistema parece capacitado para ello gracias a un esfuerzo en el campo de la tecnología. En cambio, si el problema se plantea en un nivel fundamental o radical, su carácter sistémico nos obliga a plantearnos la reestructuración de la vida y de la sociedad de un modo integral.

Es por ello prioritario construir una nueva ciencia del hombre que lo sepa integrar en la realidad biológica, ya que la dependencia del medio que creemos haber conseguido se ha generado en base a multiplicar los vectores de dependencia hacia él. Según Morin, “cuanta más independencia queremos conseguir, más debemos acercarla a la dependencia... la organización del mundo exterior está inscrita en el interior de nuestra propia organización viva”.

Sin embargo, hemos asistido a un proceso de artificialización y desterritorialización intensivo, basado en la imposición agresiva de la tecnología sobre el territorio. Los crecimientos desmedidos han fragmentado sistemas naturales, eliminado montes, alterado cauces y dominando ríos, de modo que la tecnología se superpone al lugar y a su historia, los paisajes cotidianos

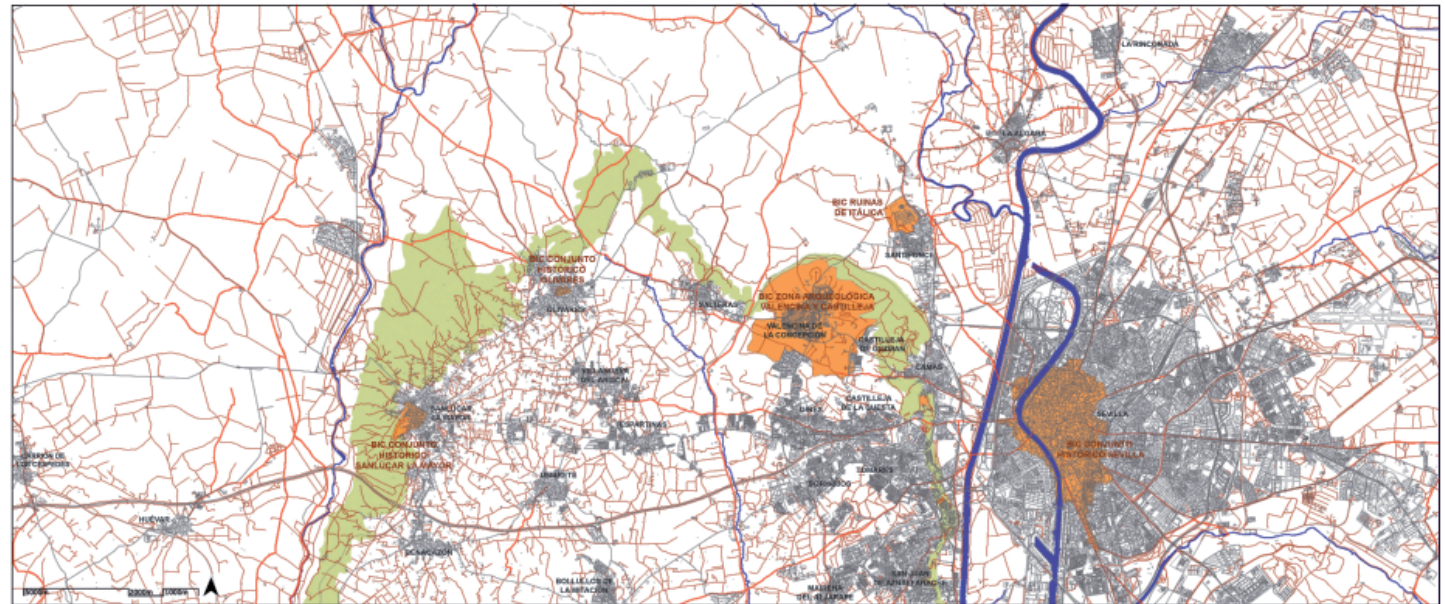
pierden singularidad y tienden a homogeneizarse.

Lewis Mumford, en “Ibídem” escribe: “...nuestras máquinas han llegado a ser gigantes, poderosas, auto-operativas, opuestas a los verdaderos estándares y propósitos humanos; nuestros hombres, desvitalizados por estos procesos, están ahora empujados, paralizados e impotentes. Sólo el restaurar la primacía en la persona, en las experiencias y en las disciplinas que tienen lugar en la construcción de personas puede el desequilibrio fatal, ser vencido”.

Los resultados de dicha catástrofe están a la vista: el urbanismo atroz y la desidia del ciudadano no ha tenido límites. Hemos acabado siendo cómplices de nuestro estado actual.

La articulación de los complejos sistemas en el ámbito del Urbanismo y Arquitectura, trazan una visión sesgada o como mínimo incompleta, como consecuencia del empleo de herramientas en consonancia con la “ciencia tradicional”. Elementos como la zonificación y estratificación propias de las inercias heredadas en la toma de decisiones, mediatizan y coartan el potencial de los sistemas.

Para entender el funcionamiento de un sistema es necesario conocer, además de sus elementos, las interacciones o relaciones existentes entre ellos.



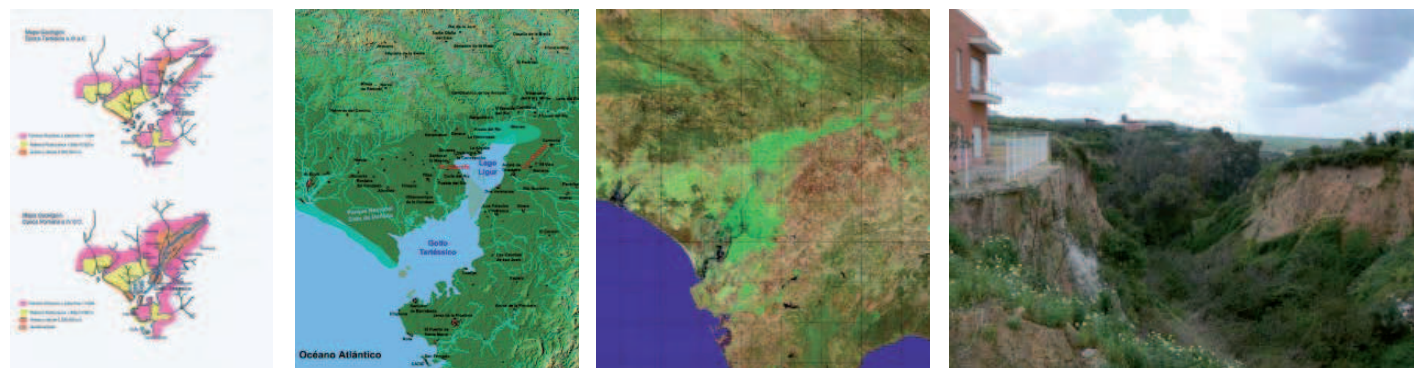
Megalitos accesibles en Andalucía. Jardines y zona de recreo en Castilleja de Guzmán. La cornisa del Aljarafe pone en relación numerosos BIC, además de otros elementos de valor patrimonial y ambiental como caminos rurales y cauces fluviales. (Elaboración propia)

Pero no sólo eso, también se requiere saber sus estados y sus transiciones. Un sistema es algo más que la simple suma de sus elementos constitutivos. Por un lado, emergen propiedades nuevas que no pueden atribuirse a ninguno de ellos. Por otra parte, se reprimen o inhiben algunas de sus propiedades intrínsecas. Este comportamiento surge únicamente cuando el sistema se considera como un todo, como algo global y colectivo, teniendo en cuenta singularidades locales que abonan el espacio de lo “glocal”.

En el caso concreto de Ajarafe, no tendría sentido mantenernos al margen de esa compleja red de sistemas que a su vez construyen, no solo un territorio, sino también un paisaje y sobre todo una cultura. Una estructura necesaria para la comprensión de una idiosincrasia que conecta Sierra Morena con el Coto de Doñana de norte a sur y, desde el área más oriental, resulta

inevitable la toma de conciencia de interrelación de sistemas dentro de la depresión del Guadalquivir tales como la formación de los Alcores, la vega del Guadaíra, la aglomeración urbana de Sevilla y su área metropolitana, la elevación hacia el Oeste de la plataforma del Aljarafe con la penetración de la vega del río Pudio. Todo ello conforma un magma diverso que el planeamiento actual debe contemplar mediante la introducción de herramientas al margen de la mera instrumentación y nos introduzcan de manera más eficaz en la toma de decisiones a diversas escalas.

La sectorización y jerarquización de las figuras de planeamiento producen fallas irreconciliables en esta visión global necesaria para un pensamiento en términos de liso-estriado en la línea de Deleuze y Guattari, aunque muy en consonancia con la realidad actual como los mismos autores reflejan en



El Lago Ligur y el golfo tartésico. Vista aérea actual del estado del Aljarafe y su inserción sistémica. La cárcava de Sanlúcar la Mayor. (Elaboración propia)

su obra *Capitalismo y Esquizofrenia*. Dicha visión y la identificación con una realidad queda representada indefectiblemente por una cultura. Pero las figuras de planeamiento y estrategias de protección no siempre lo consideran así. Por ejemplo, el paisaje para la normativa medioambiental es una manifestación natural y la Ley del Patrimonio de Andalucía (2007) tuvo oportunidad de asumirlo como un bien cultural, pero prefirió no protegerlo específicamente y, a cambio, añadir a las existentes tipologías de bienes inmuebles de interés cultural una nueva, la Zona Patrimonial o sea: “aquellos territorios o espacios que constituyen un conjunto patrimonial, diverso y complementario, integrado por bienes diacrónicos representativos de la evolución humana, que poseen un valor de uso y disfrute para la colectividad y, en su caso, valores paisajísticos y ambientales.” Las políticas no llegan a acuerdos fiables sino, atezados siempre por intereses mercantilizados, provocan una desestructuración en el territorio, una ruptura con la identificación cultural de las realidades y lo que más grave, una tergiversación en la lectura de un territorio con cuyos parámetros solo podría leerse desde la linealidad de un metarrelato desesperantemente recurrente. Una desestructuración que construye una realidad sesgada, limitada e irreal por ende.

Dicha desestructuración produce un conflicto de inconexas miradas

que desembocan en una “disneylandización” del patrimonio y del paisaje, minimizándolo, banalizándolo...

Los recientes hallazgos de restos arqueológicos de Montelirio en Castilleja de Guzmán y la pervivencia de tres grandes construcciones funerarias monumentales en Valencina de la Concepción: “La Pastora”, “Matarrubilla” y “Ontiveros” que ya se encuentran en trámite para su inscripción en el catálogo General de Patrimonio Histórico Andaluz como BIC, aseguran su pervivencia antes de que intereses espurios pudiesen acabar con ellos. La figura BIC les salvará “por los pelos” de la catástrofe. Existen figuras de protección que garantizan la pervivencia de realidades, y ¿por qué no la tierra no debería comenzar a tenerla? Por ejemplo estudiar qué tipo de tierra y con qué características nos ha llegado, qué energía produce y qué podría producir, qué tipo especies y cultivos, qué grado de permeabilidad y su evolución en el tiempo... Finalmente, estudiar el legado de la tierra para conocerla mejor y por tanto hacerla propia.

La tierra tiene su propia historia, en continuo cambio y evolución, que se remonta mucho tiempo atrás de la primera huella humana sobre ella. El problema es que las huellas son cada vez más profundas e irreversibles, y las miradas más nubladas. Valorar el papel de la tierra como soporte de proce-



Vista desde Castilleja de Guzmán hacia el noroeste / RCG-CMS

tos biológicos, como sustrato para el desarrollo de la vida, como vehículo canalizador de energía y flujos vitales, tanto en su seno como a la superficie y la atmósfera. Son estos aspectos fundamentales para valorar el patrimonio que la tierra representa en sí misma, y por ello, de las posibilidades para el desarrollo que desde esta condición se generan.

En su desarrollo, la tierra ha autogenerado defensas frente a la explotación humana de diversa índole, y en el Aljarafe hay muestras elocuentes de ello. La geomorfología alomada de la Cornisa, moldeada por el viento y las escorrentías temporales, la ha salvaguardado de ser devorada por explosión urbanística que ha castigado comarca en los últimos decenios. Por otro lado, al igual que sucedió en toda la comarca aljarafeña, la fertilidad de su suelo y la calidad de su clima propició el aprovechamiento agropecuario de la Cornisa desde tiempos remotos. Este hecho ha relegado a la vegetación autóctona del lugar a fragmentos aislados, de poca entidad y densidad, encontrando su única posibilidad de desarrollarse allí donde el suelo es demasiado escarpado para ser cultivado.

No cabe duda del valor patrimonial de paisajes agrarios tradicionales como el de la Cornisa, ya que constituyen representaciones de la cultura humana mediante transformaciones del medio natural desde tiempos ances-

trales, y por ello, toda iniciativa orientada a su valorización y conservación se antojan necesarias. Sin embargo, los paisajes agrarios tradicionales pueden desempeñar una relevante función ambiental, más allá de la propiamente productiva, en la medida de que se logren fórmulas de coexistencia y desarrollo entre el aprovechamiento agropecuario y la vegetación autóctona territorial. La biodiversificación del paisaje y la interconexión de los flujos biológicos en éste, añadirían un importante plus ambiental al valor cultural y paisajístico implícito en un territorio con posibilidades de instituirse como base orgánica en la que asentar futuras dinámicas territoriales.

Esto plantea quizás un nuevo “bio-desarrollo” que genera nuevos paradigmas en la relación entre arquitectura y agricultura. Pero, ¿cómo puede el desarrollo humano contribuir al medioambiente al que transforma? Como punto de partida, repensar dicha pregunta puede ser una buena base para “mover ficha”.

El hombre nunca tuvo tan exactas y maravillosas herramientas para observar el mundo... ¿Podemos positivar dicha situación? Tenemos multiplicidad de herramientas tecnográficas que no nos ayudan a generar nuevos planeamientos. ¿Son útiles? O el exceso de información nos paraliza hasta el límite de renacer eternamente de nuestros errores. Muchos de ellos ya son



Imágenes desde la cárcava de Sanlúcar la Mayor. / RCG-CMS. *A line made by walking*, Richard Long, Inglaterra, 1967

irreversibles.

En lugar de jugar a nuestro favor, ¿nos ha restado creatividad la tecnología? Evidentemente sí. Decía J.J. Rousseau: “Abole la humanidad y tendrás éxito como humanitario”.

Pero, ¿tenemos las estrategias sociales y culturales necesarias para tal cambio en la construcción de nuestro relato? ¿Es posible que la historia teja una estructura coherente al margen de los “metarrelatos”?

Los atributos de la tecnología, orientados hacia el control, que han sido enfatizados en las sociedades capitalistas, no agotan las potencialidades del industrialismo moderno. Una **forma fundamentalmente diferente de civilización** debe enfatizar otros atributos de la tecnología compatible con una distribución más amplia de las calificaciones culturales y de los poderes que promueven la integración técnica de una amplia gama de valores que apuntan a **mejorar la calidad de vida, más allá de la mera búsqueda de ganancias y poder**. Se hace fundamental una **verdadera reforma radical de la sociedad tecnológica** que se desarrolle realmente inmersa en la sociedad.

Los manuales están agotados, los dogmas han muerto, y quizás debemos replantearnos nuestras acciones desde otro punto de vista, abordar los

problemas con otras herramientas desarrolladas con una nueva forma de ver la ciencia y mediante una nueva cultura, una cultura basada en la tierra, quizás una **perma-cultura** que elimine las tensiones postcapitalistas en la que el medio sea considerado con otras reglas del juego en relación con los seres vivos.

Estrategias de acción en el territorio como el Land-Art, enfatizan la idea de **creación como acontecimiento que prima la mirada y la experiencia antes que el propio objeto**. En un momento como el actual que podríamos calificar como de incertidumbre, una intervención que no modifica el objeto es interesante por su condición de reversible. En cambio, en otros casos en los que el objeto está sometido a un proceso de degradación, sí es interesante reinvertir el proceso.

En los paseos de Richard Long, el artista pone en evidencia la relación entre la consistencia y fugacidad de una marca dejada por caminar en el campo, que fue totalmente evidente al momento de tomar la fotografía, pero que comenzó a desaparecer después del último paso. La huella y la ausencia definen de este modo la acción en el lugar.

Las montañas, los valles, los fenómenos atmosféricos y los espacios abiertos en general, pasan a ser soporte y materia de nuevas formas de ex-

presión artística efímeras no destructivas hacia el soporte, en las que subyace una protesta contra la degradación, la mediatización y el olvido de la naturaleza. Se manifiesta en una voluntad de reencontrarse con el ritmo y el fluir de las energías del universo, abriendo una reflexión sobre las interdependencias que ligan al hombre con el mundo y señalan la trascendencia de los más mínimos gestos sobre la piel del planeta y los procesos ecológicos que éste acontecen. ¿Podríamos aprender de esta forma de acercamiento al territorio y aplicarla a nuestro en nuestros métodos cotidianos de actuación? Para ello sin duda es necesario cambiar muchos valores sociales para los cuales la inercia heredada no juega a favor de esta visión.

Hablar en estos términos en un territorio tan devastado como el Aljarafe, no es una quimera. Los restos que nos han llegado, nos hablan de lo que realmente perdura en el tiempo. Patrick Geddes decía que “el civismo es un arte que no tiene nada que ver con imaginarse un lugar inexistente e imposible donde todo fuera perfecto, sino en tratar de hacer lo máximo y lo mejor en cada lugar”. ¿Hemos pensado en estos términos en el desarrollo de nuestro paisaje urbano?

Pensar en el Aljarafe como una interrelación de sistemas, nos guía en última instancia a la idea de cultura. Una cultura en la que debiera plantearse como insoslayable la introducción natural del **Arte** como elemento que deje guiar nuestras experiencias desde los sentidos y puedan ser apoyadas por una ciencia más compleja que establezca lazos en lugar de barreras. Una Ciencia en definitiva, que no se encuentre en su tradicional esfuerzo estático de mantener su *status quo*, sino que establezca dispositivos propios para **el encuentro, la imaginación y relación con la tierra propia.**

Rogelio Cantero Gutiérrez y Carlos Martín Sánchez son arquitectos.